

RAGNAR JÓNASSON

EL CRIMEN DEL FIORDO

MÁS DE
5.000.000
DE LECTORES

Ragnar Jónasson

El crimen del fiordo

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez



Seix Barral



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Jónasson, Ragnar, 2020

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción al inglés, David Warriner, 2020

© por la traducción al español, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapas: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Evelina Kremsdorf / Trevillion Images

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.877-2025

ISBN: 978-84-322-4903-7

Impreso en España

CAPÍTULO 1

—Policía. Ari Thór Arason al aparato.

El operador de emergencias fue directo al grano:

—Acabamos de recibir una llamada de Siglufjördur. ¿Eres tú quien está de guardia?

En el verano de Siglufjördur, cuando apenas se ponía el sol, la noche y el día casi eran lo mismo. Faltaban solo un par de meses, y Ari Thór contaba los minutos para que llegara: aquella era su época favorita del año, cuando las largas horas de luz le hacían sentir que nada era capaz de detenerlo. Lejos quedaban la oscuridad y la nieve que cubrían la ciudad en invierno.

Estaba totalmente despierto cuando sonó el teléfono. No podía dormir, por más que lo intentara.

Seguía usando la habitación grande de la casa de la calle Eyrargata, la misma que había compartido con Kristín y Stefnir antes de que ella y el pequeño se mudasen a vivir a Suecia.

Le había costado adaptarse, pero las tormentas de nieve y los días sombríos ya no le causaban la misma sensación de claustrofobia que cuando se había trasladado desde Reikiavik. Tampoco añoraba su antiguo hogar.

Durante los últimos años, Siglufjörður había experimentado los efectos de la nueva época de bonanza que recorría el sur de Islandia tras la crisis financiera. Los turistas, llegados de todas partes del mundo, acudían en masa al pueblo en verano, y en invierno era el turismo nacional el que tomaba las pistas de esquí locales; eran especialmente populares en Semana Santa, y ahora, a las puertas de un puente, parecía que iban a estar muy concurridas.

Ari Thór sobrepasaba ya los treinta años y, sin embargo, en cierto modo tenía la sensación de que seguía en el punto de partida. Vivía solo y no veía a su hijo más que de Pascuas a Ramos, y a esas alturas ya no creía posible salvar su relación con Kristín; habían agotado todas las opciones, por así decirlo.

Lo cierto era que se había instalado en una rutina cómoda y no estaba seguro de querer perturbar ese ritmo. Después de años aspirando al puesto de ins-

pector en Siglufjörður, por fin le habían ascendido, así que ahora estaba al mando de la comisaría. Antes o después tendría que plantearse si iba a dejarlo ahí o intentaría trepar más alto en el escalafón; no obstante, sabía que eso sería difícil si se quedaba en el pueblo, porque, aun dando la talla, no había superiores cerca para tomar nota de ello.

Tómas, su antiguo jefe de Siglufjörður, lo había animado en su día a seguir su ejemplo y mudarse a la capital con la promesa de que allí lo recibirían con los brazos abiertos, pero hacía ya tiempo desde la última vez que lo había reiterado y Ari Thór no sabía si la oferta seguía en pie. Además, Tómas ya se iba acercando a la edad de jubilación y, una vez retirado, no le quedaría ningún aliado en las filas de la policía de Reikiavik. Si esa ventana se cerraba, se quedaría atrapado en el norte, quisiera o no.

Esas eran las preocupaciones que le acechaban sobre todo en plena noche, como en ese momento; cuando salía el sol, siempre se las arreglaba para ahuyentarlas y seguir adelante, aunque sabía que tarde o temprano tendría que tomar una decisión. A lo mejor la conclusión era que ya estaba donde quería estar... En cualquier caso, aún debía meditarlo a fondo.

De todos modos, estaba claro que durante el puente de Semana Santa no iba a tener tiempo para darle vueltas al asunto, porque le esperaba una gran

alegría: venía el pequeño Stefnir. Había cumplido tres años las pasadas Navidades, pero Ari Thór se había perdido todas las celebraciones.

Unos seis meses atrás, Kristín por fin había decidido embarcarse en los estudios de posgrado en Suecia. Ari Thór la comprendía perfectamente; Islandia proporcionaba una excelente formación en medicina general, pero, como muchos médicos, ella quería especializarse; al fin había llegado la hora de dejar de posponerlo y perseguir su ambición, y eso significaba estudiar en el extranjero.

Tras tomar esa decisión, los dos se habían reunido para hablar del futuro de Stefnir. Kristín había propuesto que su hijo la acompañara «al principio» y que más adelante ya valorarían otras opciones; ella prometió volver a Islandia durante las vacaciones de Navidad y de Semana Santa, y tan a menudo como fuese posible; además, Ari Thór tenía intención de pasar las vacaciones de verano en Suecia. No había puesto pegas incluso a pesar de que ver tan poco a su hijo le parecía una perspectiva terrible; no quería andar a malas con Kristín.

Intentó acomodarse mejor en la cama, se dio la vuelta sobre el otro costado; necesitaba dormir. Mañana —«No, hoy», se corrigió— era Jueves Santo y le tocaba guardia, pero luego ya estaría de vacaciones de Semana Santa. Kristín y Stefnir llegarían por la noche.

Eran casi las tres de la madrugada y ya llevaba más de dos horas dando vueltas en la cama.

Al final, admitió su derrota y se levantó.

«¡Maldita sea!» No podía permitirse una noche en blanco; ahora no, justo cuando se suponía que debía estar listo para disfrutar del tiempo con su hijo. Sin embargo, las preocupaciones solo alimentaban el fuego de su insomnio, y ya no sentía ni una pizca de cansancio.

En el dormitorio había unas cuantas estanterías bajas con libros viejos que ya estaban en la casa cuando entró en ella; libros que los anteriores propietarios no se habían molestado en llevarse. A veces, Ari Thór les echaba un vistazo, más que nada por si eso le ayudaba a dormir, y ahora no se le ocurrió otro remedio mejor. Escogió un libro al azar y volvió a tumbarse en la cama.

Por mucho que lo intentara, no podía librarse de una sensación de inquietud ante el puente en ciernes y el hecho de que, por primera vez, iba a confiar el mando de la comisaría a su subordinado, Ögmundur, un recién graduado de la Academia de Policía que daba sus primeros pasos en el norte y que todavía estaba muy verde, aunque había que reconocer que le echaba ganas.

Desde que asumió el cargo de comisario de policía, Ari Thór había tenido que confiar en suplentes, enviados desde Ólafsfjörður o Akureyri, o en personal contratado temporalmente; nunca se trataba del mismo agente de un caso al siguiente. Pero, por fin,

le habían concedido presupuesto para un agente fijo. Había habido varios solicitantes, algunos incluso con considerable experiencia, y, sin embargo, Ari Thór se decidió por uno recién salido de la academia.

A pesar de sus diferencias, veía algo de sí mismo en Ögmundur. Recordó cómo, a su llegada a Siglufjörður, Tómas le había enseñado cómo iba todo. Ahora las tornas habían cambiado y Ari Thór era el oficial curtido que ponía a prueba al joven novato. Debía admitir, sin embargo, que le había costado construir con Ögmundur la misma relación que Tómas había construido con él, aun cuando la brecha de edad era menor entre ellos.

Tras un buen rato y un sincero intento de quedarse dormido con el libro, Ari Thór volvió a levantarse de la cama y bajó por las viejas escaleras hasta la cocina, donde se bebió un vaso de agua y tomó un poco de pescado seco mientras hojeaba el periódico del día anterior. No había nada nuevo, solo los mismos refritos; lo único más o menos interesante era la predicción meteorológica, que pronosticaba un empeoramiento del tiempo en el norte pasada la Semana Santa. Es lo que tiene el invierno aquí arriba: nada más salir de una ventisca, hay que prepararse para la siguiente.

Era un fastidio no poder pegar ojo; le esperaba un día difícil por delante si la cosa seguía así.

Ari Thór estaba de guardia, pero la mayoría de las

veces las calles de la pequeña ciudad quedaban desiertas durante la noche y la comisaría era un remanso de paz. Por norma, las únicas llamadas eran quejas sobre borrachos que hacían demasiado ruido en su camino de regreso a casa.

Ya se había vuelto a meter en la cama, aunque seguía absolutamente despierto, cuando sonó el teléfono.

—Un transeúnte se ha topado con una joven tirada en la calle; parecía muerta. Hay una ambulancia en camino —dijo el operador de emergencias; su voz sonaba serena, aunque resuelta.

Ari Thór salió a toda prisa al pasillo y luego bajó las escaleras, mientras sujetaba el móvil entre la mejilla y el hombro.

—¿Dónde?

—En la calle Adalgata.

La calle principal.

—¿Quién la ha encontrado?

—Un tal Gudjón Helgason. Ha dicho que iba a esperar allí a la policía.

El nombre no le resultaba familiar.

Dos minutos más tarde, ya estaba en la calle con el uniforme puesto. El jeep patrulla estaba aparcado al lado de la comisaría, como de costumbre; Ari Thór vivía a un tiro de piedra de la calle principal, así que no tardaría mucho en llegar a pie.

Era una noche fría y sin viento, y el cielo estaba estrellado. Allí arriba, la naturaleza siempre era salvaje y desenfrenada, pero en esa época del año había algo no solo más oscuro, sino de alguna manera más abrumador y distante.

Ari Thór llegó al lugar de los hechos al mismo tiempo que la ambulancia y, al doblar la esquina y entrar en Adalgata, la terrible escena se desplegó ante sus ojos.

Junto al bordillo de la acera, una joven yacía sobre un charco de su propia sangre, con el cuerpo retorcido en una posición antinatural de modo que resultaba evidente que había caído de una altura considerable. Tampoco se necesitaba a ningún experto para certificar que estaba muerta. Parecía que toda la sangre procedía de su cabeza; seguramente se había roto el cráneo.

Conforme se aproximaba, se dio cuenta de que probablemente era aún más joven de lo que había creído al principio. Quizá solo una adolescente. Contuvo el aliento al ver su rostro.

«Joder.»

La chica tenía los ojos abiertos de par en par, como si los tuviera clavados en la nada; su mirada se perdía en la distancia.

Ari Thór supo que esa visión lo acompañaría durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 2

No era extraño que Ari Thór saliese a pasear de madrugada, tanto en pleno verano como en lo más crudo del invierno. Había algo que rayaba en lo mágico —el pueblo tan tranquilo, envuelto en un manto de silencio— y esa misma sensación le invadió ahora, pero solo un instante, porque la realidad resultaba insoslayable.

Los presentes parecían esperar a que él tomara las riendas; todos salvo la médica del hospital, que ya se había puesto manos a la obra, agachada sobre la muchacha.

Aparte de la mujer, había dos técnicos sanitarios de ambulancia y, detrás de ellos, un hombre de pie, de treinta y tantos años, embutido en un plumas, con barba cerrada y una gorra en la cabeza. Supuso que

ese era el tal Gudjón, el tipo que había llamado a los servicios de emergencias.

Ari Thór se quedó paralizado, más consciente que nunca del peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

Su tiempo de comisario de policía había sido tranquilo hasta ahora y, por fortuna, no había tenido que vérselas con nada como eso. Los días se sucedían con una reconfortante falta de emoción, y a la mesa de la policía no llegaba nada más grave que alborotos de borrachos, infracciones de tráfico y alguna denuncia ocasional por consumo de drogas.

Pero ahora esa joven yacía muerta en mitad de la calle principal. Volvió a mirarla y luego dirigió la vista hacia arriba, a los alrededores.

El cuerpo de la muchacha se hallaba en la acera, delante de una casa de tres plantas con ventanas abuhardilladas en el tejado, lo que sugería la existencia de una tienda en la planta baja y, seguramente, oficinas o viviendas en el primer piso, más un segundo nivel de vivienda en el ático. Parecía que también había un balcón en la azotea. Lo primero que pensó Ari Thór fue que la joven debía de haberse caído desde allí arriba, por escalofriante que resultara esa hipótesis.

La doctora se incorporó; se trataba de una joven llamada Baldvina, que había empezado a trabajar en el pueblo a principios de año. Los médicos nunca

duraban mucho en el hospital, al menos los últimos años. La mayoría se largaba sin más tras una breve estancia, tal vez en busca de mejores cometidos en hospitales más grandes, o bien para seguir formándose, como había hecho Kristín. Baldvina era algo más joven que Ari Thór y le parecía una buena profesional, a juzgar por su trato con ella hasta ahora.

—Sí, desde luego que está muerta. Probablemente como resultado de una caída desde una altura considerable. —Baldvina miró hacia la casa, sumándose a la muda teoría de Ari Thór—: Quizá desde aquella azotea, pero averiguarlo queda en tus manos, claro. ¿Podemos retirar el cadáver?

A él se le había formado un nudo en el estómago. Era su primer caso de muerte violenta desde que estaba al frente de la comisaría de Siglufjörður y quería hacer las cosas bien.

—Sí, pero antes deja que haga algunas fotos... Y debemos asegurar la escena para que la Científica pueda hacer su trabajo cuando llegue.

Ari Thór sabía que el equipo forense tardaría en llegar a Siglufjörður, pero no podía permitir que la pobre muchacha siguiese tendida sobre su propia sangre más tiempo del necesario. Por puro respeto. No quería que su cuerpo quedase expuesto a la vista de todos; estaban en la principal arteria comercial del pueblo y pronto amanecería. Además, era probable

que algunos trasnochadores curiosos empezaran a asomar las narices al advertir que algo sucedía.

Ari Thór hizo algunas fotografías con su móvil y acto seguido llamó a Ögmundur.

—¿Puedes reunirte conmigo en Adalgata lo antes posible?

—Eh, sí, claro —contestó su subordinado tras un instante de duda.

Obviamente, lo había despertado.

Ögmundur solía mostrarse bastante positivo, aunque quizá un poco demasiado flemático en todo lo que emprendía, y eso que su trabajo hasta ahora no había sido excesivamente exigente. El invierno había sido de lo más tranquilo y, además, Ari Thór había tratado con guante de seda al novato, dándole oportunidad de llegar a conocer el municipio y su ambiente a su propio ritmo.

De todos modos, Ögmundur ya había hecho más amigos en Siglufjörður que el propio Ari Thór, y eso que este había tenido muchos años para ello. El nuevo parecía ganarse la confianza de los demás con rapidez y, desde luego, eso era una ventaja en esta profesión. Había sido jugador de la selección nacional de fútbol —de la sub-20, de hecho, aunque para Ari Thór no suponía gran diferencia con otras categorías—, y su entusiasmo por ese deporte, un tema de conversación habitual por esos lares, le facilitaba el trato con la gente.

El comisario le resumió lo sucedido para luego añadir:

—Lo más probable es que la pobre muchacha se haya caído de la azotea, un accidente... o bien un suicidio. Debemos llegar al fondo de este asunto cuanto antes.

Los paramédicos trasladaron el cadáver de la chica a una camilla, y de ahí a la ambulancia. El terrorífico charco de sangre sobre la acera era un incómodo recordatorio de lo sucedido. A la luz de una farola y entre las sombras de la noche, la sangre parecía casi demasiado brillante para ser real y, por un segundo, a Ari Thór le dio la impresión de un decorado teatral.

Se volvió hacia el hombre que se había quedado al fondo, prácticamente inmóvil y con la cabeza gacha.

—Hola. ¿Eres Gudjón?

El hombre asintió con la cabeza para luego responder por lo bajo:

—Sí.

—Soy el comisario Ari Thór Arason. ¿Puedes contarme qué ha pasado? Fuiste tú quien llamó a la policía, ¿verdad?

—Sí, fui yo, pero no sé qué decirte, no tengo ni idea de lo que ha ocurrido. Ni idea, de verdad —contestó, un poco falto de aliento.

Se acariciaba la barba mientras hablaba y sus ojos

iban de acá para allá, sin encontrarse con los de Ari Thór.

Él se dijo que más valía callar y esperar, no hacerle más preguntas por ahora. Según su experiencia, al verse bajo presión, como le sucedía en esos momentos a Gudjón, la gente por norma intentaba llenar los silencios.

—Yo solo..., en fin, yo solo la he visto ahí tirada. Al principio he creído que se había caído, o sea, que había tropezado, e iba a ayudarla a levantarse, cuando me he dado cuenta..., me he dado cuenta de que estaba muerta. En ese momento he llamado corriendo a emergencias.

—¿Has tocado algo? —preguntó Ari Thór tras un breve silencio.

—Yo... no me acuerdo. Puede que le haya dado un empujoncito, solo para asegurarme, aunque de todos modos saltaba a la vista que estaba muerta.

Ari Thór asintió.

—¿Y has visto a alguien por los alrededores?

—No, no, para nada. No había un alma, solo yo. De hecho, me he pegado un susto de muerte al verla. ¿Crees que se ha tirado desde ahí arriba?

—Por ahora es difícil asegurar nada al respecto —contestó Ari Thór antes de añadir con voz firme—: Ahora son las cuatro, así que pasarías por aquí sobre las tres y media, ¿es eso correcto?

—Sí, sí, correcto.

—¿Por qué?

—Estaba dando un paseo.

—¿En plena noche? —Arqueó una ceja.

—Hacía un tiempo estupendo, aún lo hace. El frío me resulta estimulante. El cielo está despejado y no sopla viento, llega aire fresco del mar... En condiciones así, hay pocas cosas que me gusten más que pasear por el pueblo.

Ari Thór no estaba convencido, pero tuvo que admitir —aunque solo para sus adentros— que a menudo él también salía a pasear por la ciudad al caer la noche, para escuchar el silencio. Ese maldito y esquivo silencio.

—¿Tanto de día como de noche?

—Sí, casi me gusta más estar al aire libre de noche; hay más sosiego, más tranquilidad.

—¿Vives aquí en el pueblo, Gudjón?

El otro titubeó.

—Sí, ahora mismo sí. Me han concedido una estancia de tres meses en la Sede del Arte.

—¿Está cerca?

—Sí, junto al mar; al lado de la piscina municipal.

—¿Y llevas mucho tiempo aquí?

—Desde Nochevieja —contestó Gudjón.

Parecía sentirse incómodo bajo el frío de la noche.

—Ya veo —Ari Thór esperó—. ¿Y a qué te dedicas?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál es tu disciplina artística? ¿Pintura? ¿Música?

—Pintura, sí. Pinto, dibujo... A lo mejor has visto los carteles de mi exposición aquí: «Paisajes de Siglufjörður». Todas las obras están a la venta.

—No, debí de pasarlos por alto... ¿La conocías de algo?

—¿A quién?

—A la fallecida.

Gudjón dio un respingo.

—¿Eh? No, por supuesto que no. No tengo idea de quién es... de quién era. ¿Por qué iba a conocerla? Ni siquiera soy de aquí.

—¿Y por qué das por hecho que ella sí?

—Yo... ¿cómo voy a saberlo? No sé qué insinúas, yo me he limitado a llamar a la policía. En mi vida había visto a esa mujer.

—Debes admitir, Gudjón, que es un poco extraño andar vagando por ahí en plena noche.

—Soy artista, por amor de Dios —replicó, como si su oficio fuera una excusa para cualquier excentricidad. Respiraba de manera entrecortada y se esforzaba por hilvanar las palabras—. Paseo por el pueblo de noche para inspirarme; luego vuelvo al piso para dibujar y duermo durante el día. Puedes..., puedes venir a ver mis dibujos ahora mismo, si quieres. Y verás que no miento.

—Por ahora no hará falta, pero seguramente tendré que volver a hablar contigo durante la investigación. ¿Podrías pasar por la comisaría mañana, o, mejor dicho, más tarde hoy mismo, para que te tomemos declaración formal?

Gudjón titubeó.

—¿Es necesario? No he hecho nada malo y, la verdad, no me gusta que la policía me llame a capítulo. —Luego agregó, algo jadeante—: Lo único..., lo único que he hecho ha sido cumplir con mi deber como ciudadano y llamar a la policía.

—Mira, una joven (de hecho, quizá una adolescente) ha perdido la vida y tú has descubierto el cadáver. Es inevitable que se te tome declaración. Todo debe quedar registrado a efectos de la investigación. No tenemos ningún motivo para suponer que has estado implicado en su muerte —le explicó Ari Thór, en cierta manera en contra de su propia intuición.

Aún no estaba del todo satisfecho con las explicaciones de Gudjón.

—Bueno, ¡espero que no tengas intención de acusar a un transeúnte inocente de ninguna fechoría!

En ese preciso instante, Ögmundur dobló la esquina de Adalgata al volante de su viejo Mazda rojo, un pequeño deportivo descapotable que había despertado una considerable atención en el pueblo. Un

coche tan bajo no era lo más práctico del mundo para el invierno semiártico, pero después de unos días de lluvia con temperaturas inusualmente suaves, las calles estaban despejadas de nieve aquella noche. Ögmundur aparcó el vehículo y trotó hacia Ari Thór y Gudjón.

—Hola, buenas. He venido tan rápido como he podido. ¿Crees que ha saltado? —Escudriñó el charco de sangre, luego elevó la vista hacia la azotea.

—Gracias por venir. Este es Gudjón... —Ari Thór vaciló.

—Helgason —apostilló el artista barbudo, que seguía embutido en el plumas.

—Estaba dando un paseo por la zona esta madrugada y se ha topado con el cadáver. Le he pedido que se pase más tarde por comisaría. Cuando lo haga, ¿te importaría tomarle declaración, Ögmundur?

—Faltaría más, yo me encargo. —Le tendió la mano, desplegando su mejor sonrisa—. ¿Qué tal, Gudjón? Me llamo Ögmundur, de la poli rural.

—Bueno, eso es todo por ahora. Puedes irte cuando desees, Gudjón —dijo Ari Thór un tanto seco. La campechanería de Ögmundur le irritaba, aunque había que admitir que muchas veces aflojaba las lenguas—. Ya puedes seguir con tu paseo —añadió entre dientes.

No había pegado ojo y lo habían sacado a rastras de la cama en plena noche: sencillamente, era superior a sus fuerzas mostrarse tan animado como el novato.